

# No me HABLES DE TROYA

Andrea Azucena López Rico

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 8° semestre*

“La guerra está allá afuera” te repites hasta el cansancio, te convences a fuerza de verdades, te encargas de alejarte de todo aquello que te aterra, que peligra, que destroza. Pero también en Troya creían que la guerra solamente estaba afuera.

La guerra no era el caballo, la guerra estaba adentro.

Entre los pasillos se urdían traiciones y palabras crueles, ignorando del fuste equino a los hombres y sus armas. Bien estaba hueco, mas no vacío.

La guerra está allá afuera. Es verdad.

Los niños mueren, incontables, o quedan huérfanos. Las madres mueren, innumerables, o quedan con un hueco bajo el ala. Polluelos que corren desesperados, ya sin cabeza, bajo las aves de metal con su paso ensordecedor y sus crías atómicas.

Yo también me lo digo a veces.

Cuando siento que no he de escuchar las mil voces que claman auxilio, que exigen sangre, porque dentro de mí se convierten en un grito que lo absorbe todo.

Me nombran:

Parra.

Storni.

Pizarnik.

Sexton.

Platt.

Pero no deseo ser como ellas.

Quiero escribir, sí, pero no con el revólver susurrando en mis sienes impúdicas que se creen Dios sin siquiera poder proteger una vida (la mía), con estos pies que trazan su camino hacia un abismo de sales y males, con las semillas de vida sintética gritando en mis palmas que quieren ser sembradas, clavándose en mis entrañas para robarme el aliento; con llaves que abren paso a un efluvio, vehículo de huída que no va a ningún lado; ni con la cabeza envuelta en el cirro invisible de la desesperación.

Que me llamen por mi nombre, que me den uno solo. Una palabra de vida, un atisbo de esperanza.

Así que no me hables de Troya cuando en mi interior se están librando batallas endemoniadas, en las que mi mente, mi cuerpo y mi alma se juegan la existencia contra sí mismas. No me grites la muerte de los héroes cuando tomo aquí la espada en silencio y libro batallas (in)imaginarias, cuando mantengo las fachadas de mis edificios pulidas y los interiores fusilados.

Prefiero al monstruo en la habitación y al elefante en el armario. Incluso mis bestias le temen al ser que habita escondido y se refugian bajo mi cama. Tiemblan conmigo, sacuden mis sueños, “déjalo salir”, suplican; “también él es real”, claman, y yo las acallo sangrando mis oídos, cansados de no escuchar, cubriéndome hasta la cabeza con un manto de engaños. Y ahí, en la calma, es cuando sale, abre las puertas, se mete en mis entrañas y susurra.

Quieres morir.

Y pienso en morir.

Y las siento deslizar una a una, indómitas, de mi piel hasta el infierno, el que no acecha, pues ya estoy dentro.

Lágrimas como bombas. Esquirlas de la explosión de mi pecho.